

Éditions
1^{re} série
Bislagne

Stan
LAUREL
&
Oliver
HARDY

Étudiants de
Oxford

MENTERRAT



Estudiantes de Oxford

Divertidísima comedia, interpretada por los «ases»

STAN LAUREL y OLIVER HARDY

Dirección de

ALFREDO GOULDING

Producción

UNITED ARTISTS

Distribuida por



EDICIONES BISTAGNE — Pasaje de la Paz, 10 bis — BARCELONA .

ESTUDIANTES DE OXFORD

SINTESIS DEL ARGUMENTO

Nuestros amigos Laurel y Hardy se encuentran sin empleo y, lo que es peor, sin dinero. Les han hablado de una agencia de colocación, pero ésta está lejos y no pueden ir a pie. Un chofer amable se ofrece a llevarlos gratis hasta la ciudad, pero cuando él llega a su destino, Laurel y Hardy tienen que esperar. La agencia está todavía lejos y nuestros héroes hacen señas a varios coches que pasan muy veloces ante sus narices sin detenerse para ellos. Finalmente, un camión de ciegos se detiene y el conductor les invita a sentarse en la parte trasera del carruaje. Laurel y Hardy se acomodan en el sitio indicado, con sus maletas, y reciben un tremendo empujón, vuelven a sentarse y sufren un segundo empujón. Sólo entonces se dan cuenta de que el desafortunado chofer les está tomando el pelo y deciden esperar desahogado. El camión parte y, al cabo de un rato, viene conduciendo un coche a llevarlos hasta la agencia, es donde están arrastrando las maletas y tropezando con todo el mundo con su torpeza habitual.

La empleada les invita a sentarse y esperar. Laurel, por equivocación, se sienta sobre un señor y Hardy tropieza con su propia maleta y se cae. Se sientan finalmente en su sitio y oyen que la empleada habla por teléfono con una cliente a la que, por lo visto, han dejado plantada el mayordomo y la doncella precisamente aquella noche, en la que tiene invitados. Hardy tiene una idea luminosa y, acercándose a la empleada, le dice:

—Ya conozco una pareja inmejorable. Están libres y les gustará con mucho gusto. Son marido y mujer...

La empleada le da las gracias por su amabilidad y le proporciona la dirección de la señora Venderbilt, que es la que necesita los chicos. Cuando salen de la agencia, Laurel, que siempre ha pensado de excesivamente rápido, le pregunta extrañado a su amigo:

—¿Qué quieres hacer? No conocemos a ninguna pareja, digo yo...

—Tú no, pero yo, sí—le contesta su amigo con tono despreciativo.

* * *

La señora Venderbilt ha preparado ella misma la mesa para sus invitados y espera impacientemente la llegada de la doncella y el mayordomo que le ha prometido la agencia. Llama a la puerta, y el señor Venderbilt en persona acude a abrir. En la puerta aparecen un hombre muy gordo y una mujer muy flaca, muy feas y muy entretalada. La mujer flaca, fea y entretalada es... el infatigable Laurel, disfrazado grotescamente.

La aparición de los codiciosos hombres en vestidos gran cosa al matrimonio, pero es muy tarde y no hay tiempo que perder. La señora

Venderbilt llama a su cocinero y le ruega acostarse a los nuevos servidores, poniéndoles al corriente de sus obligaciones.

El salón de los Venderbilt se va llenando poco a poco de invitados. Aparece una guerra y aparece una doncella cuya apariencia habría hecho morir de risa a cualquiera que hubiera querido fijarse en ella. Pero los invitados de los Venderbilt están demasiado embobados en sus conversaciones para preocuparse de aquel detalle. La doncella, que es Laurel, tiene una bandeja con bebidas y pastas, que va ofreciendo a todo el mundo, pero nadie quiere aceptar. Y el cocinero de Laurel, que jamás ha visto de cerca un salón ni sabe cómo debe conducirse una doncella que se estime un poco, decide probar uno de los combinados y rumorar una patita, advirtiéndole a los invitados que son casquitos.

Y de pronto se produce la tragedia. Laurel tropieza, por culpa de los altos zapatos que se ve obligado a llevar, y vuelca una fuente llena de nata sobre la falda de la señora Venderbilt. Esta disimula a duras penas el enojo que ella le produce, y la doncella, desazonada de remediar el mal, deja la fuente sobre el sofá y limpia cuidadosamente la falda de la señora, en el preciso instante en que su marido, hablando acurrado al lado de su cara mitad, se sienta sobre la bandeja. ¡Horror! La primera parte de calamidades que van a caer sobre el matrimonio Venderbilt por haber atendido a la agencia en demanda de servicio, ha comenzado ya.

Hardy anuncia que la comida está servida y los invitados pesan al momento. El sonido de platos se muy grande al oír que el criado, que es Hardy, los dice:

—Bien, muchachos, atención. Que a nadie se le ocurra empezar antes de que llegue la señora Venderbilt, que ha ido a su cuarto a cambiarse de traje.

Hardy tiene un idos propios acerca de las etiquetas y distribuye a los conchales de un modo original, es decir, haciendo una separación de sexos, y así: los hombres a un lado, las mujeres en otro. Pero el señor Venderbilt no está conforme, y pone el grito en el cielo. Hardy decide rectificar. Los invitados de los Venderbilt son demasiado bien educados para protestar en voz alta por el trato excesivamente familiar que reciben del criado, y obedecen resignados las instrucciones que ésta les da para que se cambien de sitio. Se levanta entonces un movimiento confuso que lleva trasa de su trinitaria munda, porque al final nadie se entiende, ya que no hacen otra cosa que cambiar de sitio a cada segundo.

—¡No, no, no, no!—grita Hardy enojado al ver que no comprenden su idea.—Unos sientense aquí, tráiganse el plato... ¡No hay que equivocarse! Usted, joven, al lado de esta suntuosa. Usted en aquella otra silla...

El asistió con un gran tapas de asustarse a una hora.

—¡Santa ya, idiota! Deje a una comensal en paz! ¡Que cada uno se sienta donde le parezca!

Era tanto, Laurel se ha dedicado a la bodega para apurar algunas copas que el señor Vendehilt le había ordenado llevar a la cocina, y está medio borracho. Vendehilt le llama y le dice:

—¿Quieres hacer el favor de servir la ensalada sin arreglar?

—Oye, ¿dónde me he metido?—comenta Laurel dirigiéndose a un amigo.—Dice que sirve la ensalada sin arreglar.

Y como Hardy le dice que hay que obedecer las órdenes del dueño, Laurel se retira para volver a aparecer al cabo de un instante con la ensalada. ¿Le servirá con pluma y coral? Es tan caparrosa que ha estado que aquello de "sin arreglar" se refiere a él y no a la ensalada.

El señor Vendehilt, que ha estado haciendo esfuerzos sobrehumanos para no estallar durante toda la noche, tiene una especie de ataque de nervios y sacando una serpiente a la empreza a tres odo aquel par de despreciables sujetos que en mal hora han entrado en su casa, quitiéndose al ver el giro que toman los acontecimientos, deciden marcharse inmediatamente... y a todo la velocidad que les permiten sus piernas. El señor Vendehilt sale a la calle en su persecución y después un tiempo, que por poco mata a un guardia que pasaba en aquel momento frente a su casa.

Y así termina la primera escena doméstica de Laurel y Hardy.

* * *

Los dos amigos han encontrado otro empleo. Es muy delicado. Consiste en ir implorando la clemencia de papales y otras inmundicias que arrojan los transeúntes distraídos. Con el dinero y los billetes de limosna recorren las calles de la ciudad. Cuando llega la hora de dormir, abandonan inmediatamente el trabajo, para sentarse en el umbral de la puerta de un Banco y escuchar los gritos de sus semejantes. Hardy comienza así:

—Hechos venido a parar al atropón. Somos tan limos como cualquiera y, sin embargo, nunca podemos conseguir. Nunca hacemos nada bueno.

—¿Sobre lo que nos ocurre a ti y a mí, Oliver? Que no hemos tenido una educación. Eso es lo que nos pasa.

Como se flagela algunos, comiéntase en esos emparedados que sacaban con sal y unas buenas duros. Laurel distraído, tira una pila de plátano al suelo, y Hardy le reprende:

—No tires así eso. Puede hacer caer a alguien...

Este acto sencillo marcará el comienzo de una nueva etapa en la vida de nuestros héroes. Un ladrón despreciable había entrado en el Banco y, después de haber mirado al director y cobrado unas valunas,

se dispuso a salir antes de que fuera descubierta su presencia y se dio la señal de alarma.

Poco quiere la Providencia que el ladrón, al poner el pie en la calle, le aplique sobre la piel de plátano que ha tirado allí el despreciable Laurel y se caiga. Los dos barrenderos se precipitan a auxiliarlo, pero cuando también, temblando de revuelto, entra en el Banco ha dado la voz de alarma, y se ha llamado a la policía, que acude apuradamente. Gracias a la providencial intervención de nuestros héroes, el amigo de la arena no ha podido salir y comparece ante el director del Banco, junto con Laurel y Hardy.

—Muchachos—dice el director, emocionado—, me han hecho un favor que jamás olvidaré. Me han salvado cincuenta de miles de dólares. ¿Qué quido hacer por ustedes? Tal vez emplearlos en el Banco...

—No le agradecemos mucho, señor, pero creo que no le serviríamos—comenta Hardy—. Resulta que nosotros no tenemos educación. Hablamos pronto en la una academia.

—Ya entiendo. Dime pronto en breve. Yo haré que reciban la educación que desean.

Des días después, nuestros amigos embarcan para Inglaterra. El director no ha querido hacer las cosas a medias y ha decidido enviarlos a Oxford, la gran Universidad inglesa.

* * *

Laurel y Hardy llegan a Oxford con dos maletas y un bulto. Van vestidos con unos uniformes sencillos, de chaqueta corta y cuello blanco. Hardy, con su corte, regordeta, parece un héroe. Laurel tiene la misma cara de bobalón que una siempre.

Unos jóvenes estudiantes reconocen al llegar de aquel par de seres estrafalarios y deciden inmediatamente jugarles una pasada. Uno de ellos se adelanta y lee de la bienvenida al mismo tiempo que les dice:

—Creo que se han equivocado de colegio. Llevan ustedes el uniforme de Helen.

Hardy se vuelve al lado contra su amigo y le increpa:

—Tú fíjate si que tienes la idea de que nos viciáramos así. Con razón todo el mundo se queda mirándonos.

—Bueno, caballeros, si necesitan algo me lleven a su disposición—les sigue diciendo el muy tonto arrogante.

—De momento quisiera saber dónde podemos hallar al director.

—¿Tienen ustedes por caso que se pierdan para verlo? ¡No! Pues bien, vayan ustedes la entrada de aquellos señores.

Y les señala un laboratorio, frente a ellos.

—Bueno, cuando entran allí, están a la derecha y después a la izquierda, luego otra vez a la derecha y después de nuevo a la derecha, vuelven luego a seguir a la izquierda hasta que se encuentre del lado derecho... Cuando lleguen ustedes a la pared derecha del otro lado del

esta, veía un jersey con una mano que apunta a la casa del profesor Lodge.

Laurel y Hardy no han entendido demasiado bien la explicación del joven, pero no es cosa de estar ignorancia, y se meten decididamente en el laboratorio, convencidos de que con un poco de buena voluntad conseguirán dar con la estufa. Van cargados con el hach y las dos maletas, pues son tan simpáticos que no se les ha ocurrido dejarlos en ningún sitio.

Después de dos horas de seguir a la derecha y a la izquierda y tres veces a la derecha, sin conseguir dar con la salida, Laurel tiene una idea genial.

—Puede que no hayamos interpretado bien las explicaciones que nos ha dado aquel joven. Ahora va vete a la izquierda y yo me iré a la derecha, y aquel de los dos que encuentre antes la salida vuelve a buscar al otro.

Hardy, conforme de ver que al cabo de las años su amigo empieza a tener ideas geniales, decide cargar él con el hach, porque comprende que su amigo es demasiado débil para llevarlo. Y fue, después de la buharda del garito y cuando compañeros, colocó las maletas encima del hach con bastante calma, y se fue a irse con todo.

Los dos de la noche anterior en el coloj de Oxford sin que nuestros amigos hayan conseguido salir del laboratorio. Desorientados, se elevan sobre el hach para meditar sobre su mala suerte.

Entre tanto, uno de los estudiantes se ha vestido de tonto, y camuflándose tras del seto donde se hallan Laurel y Hardy, saca una mano y les juega un truco de cartas pasadas, convirtiéndose en control el paquete del botella de Hardy para colocarlo en el de Laurel y sacarle el cigarrillo de la boca. Sobre todo, se cuenta con el infante Laurel, quien, al darse cuenta de que entre sus manos tiene un secreto caso, cuya salida desconoce, sabe un tanto más cómodo. Hardy le dice que ha decidido una situación, pero cuando el travieso estudiante hace lo mismo con él, rechaza inmediatamente la idea de que sea también una situación y decide irse de qué se trata. Salen los dos, cada uno por su lado, y a poco regresa Laurel, desorientado, y se sienta en uno de los extremos del hach. Vuelve la cabeza para hablar con su amigo, creyendo que se halla a su lado, y suelta un ¡Dios de horror! Levanta la vista y el hach... ¡un tonto! Al luego se repite con Hardy, y los dos miran, prías del público más asustado, empiezan a dar vueltas por el laboratorio, buscando siempre en su vano empeño de encontrar la salida.

* * *

Los traviesos conductores han ido a buscar a sus víctimas, al laboratorio, y las han conducido al salón del recit, aunque por una hora del colegio. Haciéndose pasar por los menores más simpáticos del profesorado, con da ellos les da la bienvenida presuntuosa como el rector.

—Queridos demostramos nuestra hospitalidad y les hemos preparado un alojamiento digno de reyes—les dice con voz asombrada.

Unos ligeros escandalosamente posturas contribuyen a dar verosimilitud a la farsa. Laurel y Hardy se tapan el oído y se dejan conducir a las habitaciones particulares del director del colegio, convencidos de que aquel departamento suena es el que se les ha asignado.

Como están muy fatigados por las incidencias del viaje y la noche, que se han dado en el laboratorio, deciden acostarse. Los traviesos estudiantes antes de la noche se disponen a abandonar el lugar, pero se ven sorprendidos por la inesperada llegada del rector, y tienen que acomodarse tras el biombo del despacho, en espera de los acontecimientos.

El rector entra en el departamento y antes de acostarse en su cuarto decide beber un poco. Coge el atril, le deja sobre una mesa junto a la puerta del dormitorio, y va en busca de la botella de whisky, y Laurel sale en busca de la habitación. Ve un atril preparado sobre la mesa y se le lleva tranquilamente después de comer, una vez. Cuando el rector vuelve, se encuentra extraordinariamente de la habitación, pero que la salida al atril, y se va en busca de una llave, dejando la botella de whisky. Para Laurel, que juntamente con Hardy acaba de apagar el whisky con whisky, sale naturalmente del cuarto, ve la botella sobre la mesa de dejar el rector, intenta ir a la Presidencia de la (colocando allí para que luego de ella el sea dueño, y la repulsa para no una particular. El estudiante del rector al ver que se va a ir, se levanta y ve a un lado y ver entonces sobre la botella de whisky, se encuentran indeciblemente. Los protagonistas de aquella escena sacan en se han visto el uno al otro, pero los estudiantes escondidos detrás del biombo le han presenciado todo y temblando.

Laurel y Hardy se acuestan. Laurel observa un cuadro que tiene ante él.

—Me gustaría saber quién es esa de patillas—dice él—. La verdad es que me gusta el mundo.

El "de patillas" no es otro que el rector. Ha entrado en la habitación silenciosamente y presencia asombrado la escena. Se coloca entonces frente a un pequeño retrato, en el mismo momento en que el jugador Hardy ha estado la boca oculta de inger un atril y rector al entrar del retrato. Escucha en su momento y cuando al ver que el su nuevo "retrato" estaba hasta allí asombrado, diciéndoles con voz trémula:

—¿Qué buena estaba en mis habitaciones?

Laurel y Hardy creen que se trata de una nueva pajarita y se ríen. —Con esas patillas tiene cara de bromista—dice Laurel.

Empiezan a discutir, pero no se entienden. El rector, empiezan a hacer valer su personalidad, y los dos traviesos estudiantes, en un momento se convierten en guerra. Pero la cosa realmente en tarde es imposible.

Los sucesos del desayunado en la habitación antigua, al ver que la cosa toma un giro adverso, pretenden hacer perspectivas desde el biombo, dejando que el rector y los dos nuevos estudiantes se tiran los

planta a la cabeza, pero en poco castigo a su perversidad, tras el trueno, penetrando al decrépito en el primer momento en que la palia entre los dos navíos y al volver crece su intensidad y han pasado ya de los dichos a los hechos.

Laurel y Hardy sacaron entonces el agua de que han sido víctimas y sacaron el vestido de entre la cubierta, y éste exclamó:

—¡Hasta que las exparten a todos por haber hecho esto! ¿Es el caso más inhumano o me ha ocurrido en la historia de Oxford?

Acercado la intensidad de los dos nuevos estudiantes de Oxford, éstos que acostumbrados a las verdaderas habitaciones que les corresponden, sepan en la Universidad, y les es asignado un agua de cámara, llamado Meredith. Mito, al ver a Laurel, prorrumpe en grandes saltamontes:

—En un momento ¿Me se acuerda usted de mí? ¡Ser Meredith! ¿Recuerda usted estaba a su servicio?

Hardy, asombrado, dice, dirigiéndose a su amigo:

—Éste es una broma que nos quieren gastar.

Pero Meredith continúa explicando:

—Comprando perfectamente que en Oxford no me conocen. ¡Es una historia tan triste! Fue en golpe muy fuerte para Oxford. Verá usted, ocurrió así. Cuando se estaba escribiendo aquí, era mi mejor amigo y el mejor estudiante que jamás tuvo esta Universidad. Se refirió a él de que se fue a Cambridge. Estaba perdido allí, frente a la ventana, sosteniendo a sus compañeros que le rodeaban. De pronto cayó la ventana y cayó en la mano y cayendo una lámpara. Cuando volvió en sí había perdido la memoria. Se fue huyendo de la Universidad como un loco y nunca más volvió a verla.

Hardy, que había estado mirando al suelo con una expresión de desconcierto, se limita a comentar:

—Parece tan tranquila, pero creo que le falta a usted un tornillo.

—Puede que me dé de ver en su cabeza haga uno de los que me que le caracterizaron. Tenga un momento. Cuando se entusiasma con los cosas de un modo extraordinario. Entonces salta como un loco.

La idea de que se había entera Laurel, tras de hacer una pausa, parece como un trueno, le hace tanta gracia a Hardy que se ríe a carcajadas y exclama: ¡Ojalá a mi me hubiera ocurrido al de Laurel! y le dice que venga.

—¡Mito que tu un niño! ¿A ver, amigo, las cosas?

Fuero el pobre Laurel no puede mover las cosas, por muchos esfuerzos que haga por complacerle.

Y como en Hardy y Laurel eran una sola palabra de lo que acaba de contarle el agua de cámara, deciden que en vez de hablarlos más del asunto.

De pronto, oyen una gracia y se acercan a la ventana. Estruendo de ver un grupo de estudiantes que avanza hacia la ventana, preguntan a Meredith qué significa aquella procesión, y el criado les explica:

—Es el comité estudiantil de la vengancia. Seguramente algún estudiante habrá violado la ética del estudiante. Alguno más, que habrá violado algo.

Laurel y Hardy comprenden inmediatamente que se dirigen hacia ellos y se abren a recibirlos.

En efecto, los estudiantes han decidido en el encuentro de los dos navíos e intentar a saltar por la ventana. Si no obedecen, los quitarán los pantalones y les obligarán a saltar a la muerte.

Laurel y Hardy, temblando como dos asustados, ven los pinos de los enemigos que se acercan. Ya están la escalera, ya están frente a la puerta. Meredith corre en su ayuda desesperado:

—Salgan por la ventana y entren en la habitación de al lado...

Los hacen Hardy saltar primero, pero en el instante en que Laurel va a saltar, la ventana cae precisamente sobre su nariz. Laurel cae en grito y cuando vuelve a dirigirse a Meredith, lo hace con una completamente confundido, y con una abismal desconfianza.

—¡Válgame el alma, Meredith! ¿Por qué me has arreglado esta ventana? Me ha caído en el occipital.

Meredith cierra los ojos al cielo.

—¡Señoría! ¡A! No había pensado la memoria! Me acordé, ¿verdad?

En efecto, Laurel, el pobre a ignorante Laurel, es en realidad un noble loco. Ha estado de amnesia desde su memoria en el cielo, y ahora acaba de recobrarla totalmente. Pero, a su vez, ha olvidado los últimos años de su vida. Mira extrañado a Meredith y le muestra un caso de impotencia:

—¿Qué está diciendo? ¡Claro que te conozco!

En aquel preciso instante entra los vengadores estudiantiles, dispuestos a hacerle pagar con su suplicio. Pero se encuentran con un hombre extraño y desorientado que es lógico de echarse a temblar los uno como al fuego negro. Cuando uno de ellos le dice que han ido allí con el propósito de quitarle los pantalones, el loco contesta:

—¿Quitar los pantalones? ¿La presencia de Meredith? ¡Respta la boca al se acerca! Talja una explotación.

Los estudiantes se lanzan sobre él, dispuestos a apoderarse, pero al sentir un extraño temblor. Los ojos de Laurel empiezan a moverse de una manera extraña y un momento después, en cadenas intruñas salen uno a uno por la ventana, desapareciendo como flechas. ¡En seguida, Lord Padigton, ha resucitado, pero con la memoria, en forma prodigiosa! Y el resto, que acaba de entrar para amonazar de lo que ocurre, es también "desapachado" por la ventana.

Entra Hardy, y como Laurel no le conoce, sale a su vez por otra puerta. Atormenta, se levanta rápidamente, sube las escaleras y entra como un huracán en la habitación de Lord Padigton.

—Oye, loquitos ridículos, ¿eres que vas a gustar húmas conmigo? —chilla indignado.

Pero Laurel no lo conoce. No recuerda haberle visto en su vida. Merced a lo que hace las presentaciones y le cuenta a Hardy lo sucedido. Hardy, que no puede creer lo que esta oyendo, intenta hacer recordar a su amigo escenas de su vida pasada.

—¿Te acuerdas de cuando fuimos a la escuela?—le dice.

Pero Laurel no recuerda nada y se indigna. Y como Hardy insiste en evocar épocas pretéritas que han pasado al más completo olvido, Laurel muere impaciente las orejas.

—No teas que vas a asustarme moviendo las orejas!—contesta Hardy despreciativo.

Apenas viene tiempo de terminar la clase, Laurel le ha seguido como el fango un palda y lo ha arrojado nuevamente por la ventana. Hardy cae al suelo con tanta violencia, que aloc un hoyo en la tierra.

Entonces, sólo entonces, se convence de que Laurel es un personaje.

* * *

Han transcurrido unos días. Los agnos han vuelto a sus casas. Lord Padigton se ha dedicado a ganar todos los trofeos deportivos de la Universidad, volviendo a sus buenos ritos. Y Hardy ocupa el puesto de ayuda de cámara.

El rector ha ido a ver al brillante estudiante de Oxford para felicitarle por sus éxitos deportivos, y a decirle, además, que el profesor Winston acaba de llegar de Princeton, y como se siente algo preocupado acerca de su teoría de la relatividad, que tanto ha sido que hablar al mundo científico, desea tener una entrevista con él, para que le oriente. Laurel consulta su carnet de notas y le contesta que el viernes podrá recibirle.

Sabe el rector, y los amigos compadres quedan solos. Hardy no se cura del todo mal como cuando para Laurel siempre halla motivos de crítica.

—Me acabo que te estás volviendo algo indolente!—le dice con buen despreciativo— Deberías adoptar una posición un poco más aguda. Venme a ver, mira el telegrama: eché las bombas hacia atrás, eché la barcha... Ma na, quiero decir las dos barchas... Más agudo...

Hardy, que con una paciencia evangélica ha obedecido las órdenes de su amo, acaba echándose la paciencia, y dice señalando:

—¡Hay tanta de tanta faria! ¡Yo tengo más inteligencia es mi dcha machique que tú en toda esa cuerpo segualitico!

El noble lord responde sin inmutarse:

—Te perdono porque sé que estás abuscada... Pero.

—Hay para estarlo! ¡Y haz el favor de un llamarme Pate!

—Bueno, no te eches tanto, amigo.

—¿Quién se echó? ¡Hemos terminado! Puedes quedarte con tus títulos, tu Oxford, tus trofeos y hacer lo que más te plazca con ellos.

¡Si has creído que voy a aguantar tus impertinencias, te equivocas! Ya estoy cansado de tus idiomas.

Laurel, que desde que ha recobrado su verdadera personalidad desprecia despreciativamente a la plebe, siente, no obstante, una cierta debilidad por el gordo Hardy, que, por lo visto, pese a lo que se acuerda, fue su gran amigo en la época mala. Adaptando un tono conciliador, trata de calmarle.

—Bueno, no te pongas así. No hay para tanto. Es que necesitas pulito y que estás a la altura de...

Pero Hardy ya no le oye. Ha salido rápidamente de la habitación. Vuelve a entrar al cabo de un momento, pero sólo para decir una cosa mal entendida:

—Lo que más me ha gustado de todo es eso de hacerte entrar tanto las dos barchas... ¡Se languineó!

Como de indignación por el insulto que acaba de sufrir su criado, lord Padigton se acerca a la ventana para refrescarse un poco.

En aquella dichosa ventana de la Universidad habrían de haber puesto el conocido cartelito del "Ex privilegio asociarse al exterior", ya que por primera vez en la historia de Oxford, se abre la boca de un hombre ilustre, produciéndole un nuevo trastorno. Cuando el orgulloso aristócrata saca la cabeza de aquella especie de guillotina incrustada... ¡ha perdido de nuevo la memoria! Laurel ha recobrado su otra personalidad.

Hardy, que no se ha cansado del nuevo golpe recibido por Laurel, ha decidido abandonar a su amigo, porque comprende el abismo que los separa y, por otra parte, no puede soportar un desprecio. Entra en la habitación de lord Padigton para despedirse.

—Hemos terminado—dice con voz lígubre— Puedes buscarte otro mayordomo, ¡hasta nunca!

Se dirige a la puerta, y ve una vez lastimera que le llama:

—Oye, Oliver.

Es de nuevo la voz de Laurel. Hardy se queda clavado en el sitio. Su amigo es la arcana, hermosa y humilde, con su rostro de apocada. Vuelve a ver el insólito ofrecido de su protección y ayuda.

—¿Adónde vas, Oliver?—le pregunta con acento lastimero.

—Me voy a América, a mi patria!

Entra, Oliver, Oliver, una es mal amigo! ¡Por qué me dejas!

—Pero si tú ya no me conoces!

—¿Pero cómo te conoces! ¿Qué te pasa? ¿Tienes una alucinación?

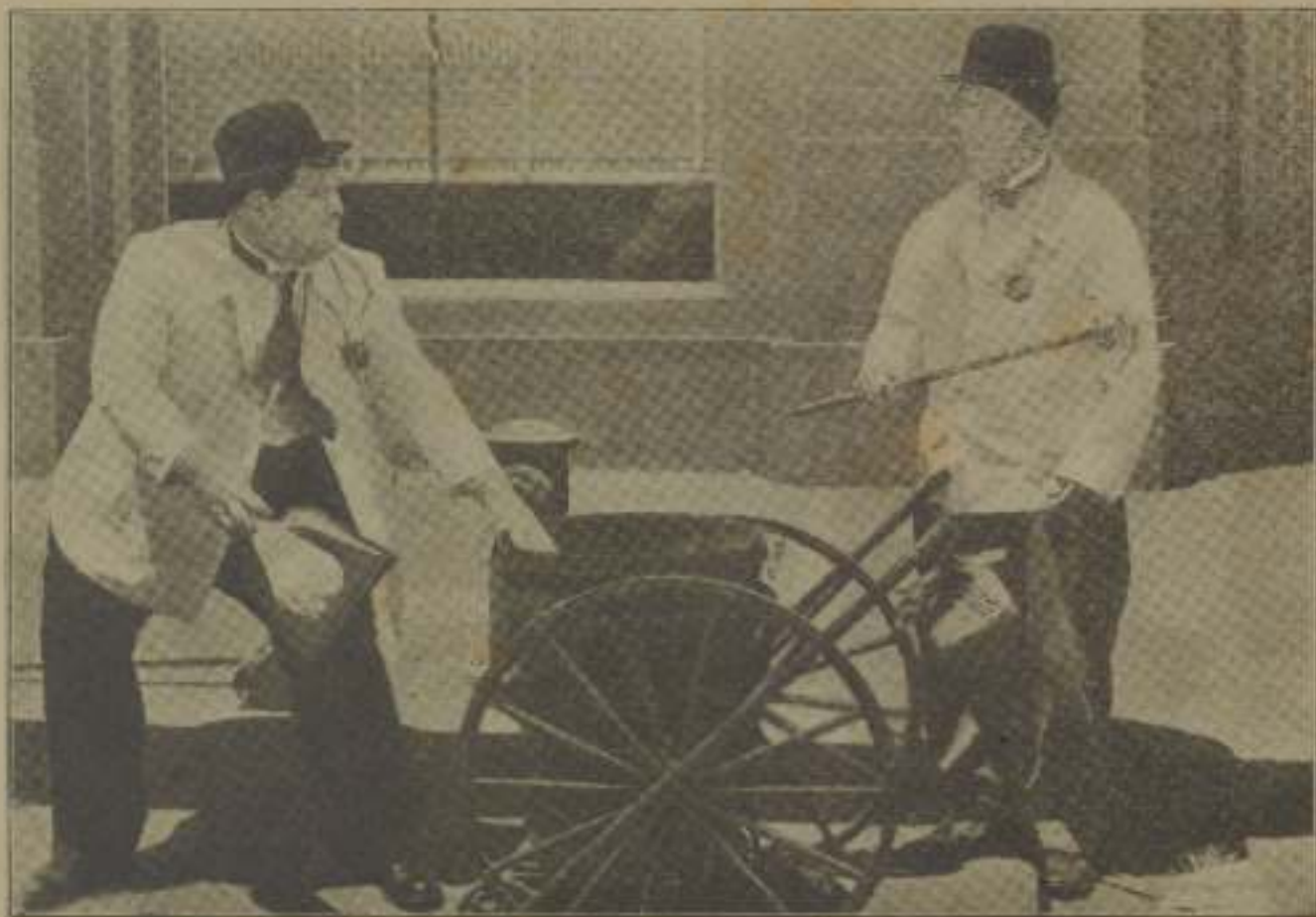
Hardy vuelve un grillo de alegría. Acaba de comprender que ha recuperado a su amigo, al mismo tiempo que ha perdido al impertinente lord Padigton. Le abre los brazos, en los que Laurel se precipita sacando a su vez tendido, y le dice:

—¡Oh, Laurel, Laurel!

Y se echa también él a reír.



Los dos amigos han encontrado un nuevo negocio...



Correite en la simplicitat la calle de poples y otros conjuntos...



Given as four of shewers.



El amigo de la plaza no ha podido hallar.



—Me han hecho un favor que jamás olvidaré.



—Me han salvado cientos de miles de dólares.



Quiero aprender muchos cosas.



—Lleven ustedes el uniforme de Honor.



¡Un fantasma!



Desconocidos, se sientan sobre el Búf.



—Quemais desmentiram a nossa hospitalidade.



—Ficou o estudo ao teu gosto.



—Que honra terdes as vossas habilitações!



—Com estas patilhas, não tens de fumar.



Quinto la noticia al verdadero esposo.



—(Ea el hecho más deshonroso que se narró en la historia de Oxford)



—¡A ver, muestre las cosas!



—¡Repita la frase, si se atreve!



—Oye, te gustan ridículos, ¿verdad que vas a gastar bromas conmigo?



Laurel consulta su carnet de notas.



—Fera un mal amigo. «Por qué me dejas?»





Cultura, Inc. M. PELICER
Muntaner, 111. Teléfono 75132

Señor
"PELICULA GRAPICA"